

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Estimulo y correccion, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—La Cruz de Cecilia [conclusion], por doña Micaela de Silva.—GRABADO: *El Atleta*.

EDUCACION MORAL.

ESTÍMULO Y CORRECCION.

(Conclusion.)



O solo en la juventud sino en la niñez se comprende fácilmente lo que se debe hacer y lo que se debe evitar; pues aunque esta comprension no sea absoluta, es lo bastante para cuanto se refiere á los deberes que se tienen para con Dios, para con los padres, los hermanos, los parientes, los amigos y los criados; para con todos en fin. Y no se desconoce que se pueden cometer á veces faltas de suma gravedad, por su intencion y por sus consecuencias, que suelen turbar la paz doméstica.

Como no puede ser indiferente en la familia nada de cuanto hagan los hijos, es natural el gran cuidado que debemos tener por una parte en no hacer cosa reprehensible, y los padres por la suya en corregirla debidamente. Y este es uno de los puntos mas difíciles y esenciales en la educacion. Si los hijos han disfrutado de alguna libertad y han abusado de ella, nada mas justo que desconfiar de ellos, y esta desconfianza es un tormento para todos.

Y aquí debemos dirigirnos á los padres mas que á los hijos, recomendando con el mayor interés no se dejen llevar de la primera explosion de su justo enojo. El dolor mudo del padre, la idea de una sentencia que tiene suspendida, harán mas efecto sobre el hijo culpable que el arranque de la mas viva imaginacion. Lo que hay de desconocido y misterioso

2.^a ÉPOCA.

llena de terror la imaginacion; y como nada suele escapar á la viva penetracion de un niño, empieza á sufrir el dolor antes del castigo; y si aquel es verdadero, si se ha dado lugar al arrepentimiento, se reemplaza el castigo por el perdon, porque si es grato perdonar, no hay placer comparable al de perdonar á los hijos, sobre todo, si faltan sin gran malicia y sin intencion dañada: en estos casos todo es distinto.

Sabiendo manejar tales crisis se obtienen frecuentemente dichosos resultados en la educacion. Una falta patente, indudable, abre los ojos del que la haya cometido sobre otras faltas que se disimulaba, y desde entonces una conducta mejor, mas humilde y mas franca reemplaza una série de semitransgresiones que tenian la conciencia en mal estado. El padre conoce así mejor á su hijo, y si este ha experimentado un verdadero arrepentimiento mas bien que una humillacion de amor propio, todo puede esperarse de él.

Esto no obstante, en cuestiones de educacion es necesario perdonar, pero no olvidar.

El medio de estimular que se emplea en los colegios le consideramos sin efecto en la educacion privada. Despojadas del brillo que las hace lisonjeras, y reducidas á su propio valor, llegan á ser casi indiferentes las recompensas; y la imaginacion que destruye los placeres mas fácilmente que las penas, menos siente la privacion de una recompensa que la imposicion de un castigo. Cuanto mas dulce es la educacion, menos recompensas tienen que dar los padres, porque dan por sí mismos á su familia todos los placeres justos, sin que haya otros que puedan conceder sin inconveniente.

Se pueden sin duda ensayar recompensas en algunas ocasiones, como por ejemplo, para combatir ó favorecer costumbres á las que se siente mucha ó po-

ca inclinacion; pero cuídese bien de no rebajar la idea del deber y de no hacerla considerar como obligatoria, haciendo creer á los hijos que contraen un mérito extraordinario cuando cumplen lo que cumplir deben. Si esto es querer alentar los buenos sentimientos, buen sentimiento es el que inspira la esperanza de una recompensa. Pero la expectativa de ese placer da un carácter mercenario á las acciones, favorece poco á la propia conciencia, y no enaltece las inspiraciones del alma, que deben ser siempre dignas y grandes, y no lo serán si son interesadas. El alterar la pureza de los hechos es corromper la moralidad hasta en su origen.

Cuando la recompensa sea únicamente honorífica, el efecto no será mejor para el corazón. La sensualidad moral, llamada vanidad, no vale mucho mas que la sensualidad material. Si á pesar de nosotros la vanidad se alimenta de todo, aun de lo que quiere obtener una educacion religiosa, restrinjámosla cuanto podamos. Dénse elogios, recompensas, si es necesario, á los esfuerzos puramente intelectuales, al éxito en las artes, á los diversos trabajos bien ejecutados en esta parte de la educacion que no tiene al deber mas que por el intermediario de la obediencia; pero cuando el mismo deber impone obligaciones, ya es diferente.

En cuanto á esas dichas inspiraciones, esos destellos de un natural bello que parecen sobrepasar los límites del deber, é inspirar acciones verdaderamente generosas, agradezcamos al cielo de que nuestros hijos sean capaces de experimentarlas; mas no imaginemos que puedan indicarse tales impulsos. Preveerlos sería quitarles el mérito de la iniciativa; recompensarlos sería una ofensa. Pero si nuestra satisfaccion necesita manifestarse y hacer á otros partícipes de nuestra ventura, demos un testimonio brillante; concedamos un favor inesperado, compartiéndole con toda la familia para que sea la expresion de un sentimiento que no podemos contener. Cuando los motivos de la virtud permanecen puros, se puede, sin peligro, embellecer las consecuencias.

Se ha ensayado algunas veces proponer en la educacion el placer de hacer bien como recompensa de la aplicacion, prometiendo, por ejemplo, que despues de una semana de buena conducta, el niño mas aplicado llevaria la limosna á los pobres. Esta idea parece al pronto encantadora; pero si hay en ella una distincion esclusiva, si se mezcla la mayor gloria ostensible, creemos el medio mas malo que bueno: no uniria mucha modestia á la caridad, y se uniria á un privilegio que no la haria espontánea, sino obligatoria, y buscando la satisfaccion en la gratitud de los favorecidos. Seguramente que no será de este modo de pensar la jóven á quien se pregunte: —Por qué mostrais tanta preferencia por los pobres ciegos en vuestras limosnas?

—Porque no me ven.

En conclusion. Procuremos á nuestros hijos satisfacciones dignas, y como el inconveniente de las recompensas es siempre el de que escitan la vanidad, evitemos al menos el proponer las que escitarian una vanidad ridícula é imperdonable.

Esto sería estimular un vicio ó una falta por recompensar una buena accion; se neutralizaba así lo bueno, y se retrocedia en la enseñanza en vez de adelantar, que debe ser el constante propósito del que enseña y del que aprende.

A. PIRALA.

CARTAS FAMILIARES.

XVI.

De Enriqueta á la Abuela.

—Vamos á hablar primero, continué, de los tiradores, ¿sabes tú, Elisa, de que suelen estar formados?

—De estambre ó seda, y á veces de hilillo de oro. A veces es una tira de cañamazo bordada con estambres de colores, como el que yo hice en el colegio; á veces es un precioso cordon de pasamanería.

—Y tú sabrás lo que es estambre, no es verdad?

—El estambre es el hilo formado de las hebras largas del vellon de lana.

—Y quién nos suministra el vellon?

Las ovejas y carneros; sus guedejas esquiladas se lavan, se cardan, se hilan á mano ó por medio de las máquinas, y luego se tiñen de diversos colores.

—Y quién nos suministra la seda?

—Los gusanos de seda.

—El descubrimiento de esta hermosa materia y su cultivo, se pierde en la noche de los tiempos. Segun algunos autores, tuvo origen en la China, 700 años antes de Abraham, y 2700 años antes de Jesucristo.

Hé aquí á que lo atribuye una antigua tradicion de aquel pais.

El Emperador Houng-Ti, que inmortalizó su nombre, enseñando á los Chinos la construccion de las casas, de los barcos, de los molinos, de los carros y de otros mil objetos útiles á la industria, tenia una esposa llamada Si-Ling-Chi, que formaba con él un raro contraste, pues estaba entregada á la disipacion, al lujo y á los placeres.

El emperador, deseando fijar su atencion en los asuntos serios, fingió un viaje, y la dejó confiado el poder supremo.

Si-Ling-Chi abusó de su confianza, agotó las cajas del Tesoro, levantó onerosos impuestos, y se entregó sin freno á su pasion del lujo, consumiendo sumas enormes en los mas frívolos caprichos.

Cuando el Emperador regresó á su palacio, ya informado de la desatentada conducta de su esposa, no la dirigió ningun reproche, pero al día siguiente la mandó vestir un humilde traje y la condujo á los barrios mas apartados de la ciudad, en donde reinaba la miseria.

Allí en pobres tugurios gemian infelices madres, que estrechaban contra su seno á sus escuálidos hijos; viejos que tiritaban con el frío de la calentura, sin tener en donde reclinar su lánguida cabeza!

A pesar de su frivolidad Si-Ling-Chi poseía un corazón sensible, y se conmovió á la vista de aquel lastimoso cuadro.

—El hombre, la dijo el Emperador en tono severo, debe disfrutar de los dones que le ha concedido el cielo; pero cuando el afán del lujo traspasa sus justos límites, se convierte en un delito; delito tanto mas grave y repugnante, cuanto mas triste es el cuadro que en derredor ofrece la pobreza. Mientras tú malgastabas mis tesoros, para satisfacer tu loca vanidad, aquí habia millares de infelices que carecian de alimento; mientras tú no hallabas trajes bastante ricos para adornar tu cuerpo, aquí gemian millares de criaturas sin abrigo!

¡Y no obstante, con el solo precio de uno de esos fútiles adornos que anhelabas hoy para desechar mañana, hubieran hallado felicidad y reposo algunas de esas familias sin ventura! Has abusado del lujo de tu rango, y yo te privo de él, en nombre de la justicia! Esa choza que ves ahí será tu habitacion mientras existas, á menos que tu arrepentimiento no te inspire un medio para espiar tu culpa, y remediar los daños que ha ocasionado tu prodigalidad insolente y perniciosa.

La infeliz Si-Ling-Chi tuvo pues que compartir durante mucho tiempo los trabajos y las penalidades de los pobres, sus vecinos, y entonces comprendió toda la gravedad de sus errores. Sinceramente arrepentida, llorando noche y día, imploró el auxilio del cielo, y el cielo vino en su socorro.

Una noche, durante el sueño, oyó una voz que la decia:

—Cuando brille el alba diríjete á la campiña y busca un árbol de unos 16 á 20 piés de alto, cuyas hojas son de figura de corazón recortadas por el borde, y cuyo fruto es ovalado, blando y compuesto de un agregado de globulillos morados. Encima de sus hojas hallarás un gusano que va labrando con su baba un capullo de figura de un huevo de paloma, y casi del mismo tamaño. Estos capullos, tumbas del insecto, están formados de un pelo sumamente delgado, sutil y lustroso. Coge muchos gusanos, coge muchas hojas del moral, y trasládalo todo á tu aposento. Así que hayas obtenido bastantes capullos los escaldas con agua hirviendo, para que la crisálida que está dentro muera y no pueda agujerearlos al esca-

parse transformada en mariposa. Luego separas las hebrillas, las hilas, las tejes, y llamas á tu esposo para que vea tu invento.

Algun tiempo despues el Emperador acompañado de toda su corte se dirigió á la cabaña de su mujer, y allí contempló con asombro un magnífico tejido, sin igual por su suavidad y su brillo.

Si-Ling-Chi fué conducida en triunfo á palacio, y estableció su industria en las habitaciones imperiales, enseñando á sus damas el arte de manufacturar la seda.

Desde entonces su preparacion y su tejido continuaron siendo las principales ocupaciones de las Emperatrices que sucedieron á Si-Ling-Chi, y todas las clases sociales se apresuraron á imitar su ejemplo. En breve los Emperadores, los Príncipes, los mandarines y los sábios, no vistieron mas que trajes de este bellissimo tejido, y sobrando allí para el consumo empezaron á exportarlo á la India, á la Persia y á la Arabia, generalizándose á toda el Asia, y convirtiéndose para la China en un manantial inagotable de prosperidad y riqueza, debido al laudable arrepentimiento de la emperatriz Si-Ling-Chi.

¡Dichosos los que no delinquen, pero mas dichosos aun los que saben reparar sus faltas con acciones magnánimas y generosas, porque Dios ha dicho que de los arrepentidos será el reino de los cielos!

Sin embargo, aunque las expediciones de Alejandro á Persia dieron á conocer este maravilloso tejido á los Griegos, tan amantes de lo bello, durante mucho tiempo no se supo en Europa qué era la seda, de que sustancia provenia, ni en donde se hallaba el país de Serica, del cual es originaria.

Antiguamente un vestido de esta materia se consideraba en Roma como una cosa de un lujo excesivo, hasta para las Emperatrices, pues valia literalmente lo que pesaba de oro, y solo cuando la silla del imperio romano fué transferida á Constantinopla, se empezó á conocer su naturaleza y origen, adivinándose por fin el secreto de esa larga y misteriosa expedicion de los Argonautas, en busca del vellocino de oro, que no era otra cosa que la seda.

En el siglo VI dos monjes misioneros vinieron de la China, trayendo algunos granos de simiente del moral, y algunos huevos del precioso insecto escondidos en su baston de peregrinos, y los presentaron al emperador Justiniano, quien los recibió con grandes muestras de regocijo.

Hasta entonces los mercados de Tiro se abastecian con la seda en bruto, traída de Persia, pero desde aquel instante empezó una nueva era de prosperidad para ellos, pues el moral creció en abundancia bajo el benigno cielo de la Grecia.

A la caída del imperio romano la Arabia se convirtió en centro de las artes, las ciencias y la industria, y despues de las conquistas de Mahometo II los

árabes plantaron las moreras en las islas fértiles y en las costas del Mediterráneo, siendo ellos mismos los que introdujeron su cultivo en España y Portugal.

De la Grecia pasó esta industria á Italia, en donde se entronizó, y luego á Francia. En cuanto á Inglaterra no pudo prosperar allí, á causa de su clima húmedo y frío; pero Jacobo I mandó las moreras á Virginia, en donde se aclimataron de un modo fabuloso, propagándose á los Estados Unidos, y finalmente á toda América.

En el día la seda está tan generalizada, que casi carece de importancia.

Perdona, Elisa, mi larga digresion, y díme algo acerca de las campanillas.

—Los antiguos, respondió la niña, para llamar se servían de un timbre. Es decir, de una plancha de bronce, sobre la cual daban golpes con un pequeño mazo de lo mismo, produciendo un sonido metálico y sonoro. Solo desde tres siglos acá se ha introducido el uso de las campanillas, que al principio eran de plata y de oro, y las tenían sobre la mesa como el timbre.

—Esto nos conduce naturalmente á hablar de las campanas.

ANGELA GRASSI.

LA FLOR, LA AURORA Y LA FUENTE.

EN UN ALBUM

Si me prestas tu atencion
Voy á contarte una historia
Que la guardo en la memoria
Porque sirva de leccion.

Una historia de ilusiones
Para las niñas bonitas;
Bien sé que no necesitas
Ni consejos ni lecciones.

En un jardin do el ambiente
Cándidas flores mecía,
Una Fuente se veía,
Tersa, pura, transparente.

En su márgen una Flor
Esbelta se levantaba,
Y la Fuente suspiraba
Al ver su hermoso color.

El Alba, llena de amores,
Perlas en la Flor vertía,
Y la Fuente sonreía
Y le daba otras mejores.

Amaba á la Flor la Aurora,
Mas la Flor la desdeñaba,
Y esquivaba se columpiaba
Al son del agua sonora.

Pinta en su cristal la Fuente
Su imágen gallarda y bella,
Como pinta el mar la estrella
En su espumosa corriente.

¡Pobre Flor! no comprendía
Que era la Fuente su espejo,
Y que del alba el reflejo
Mas hermosa la volvía.

Auras besaron su frente;
Le dijeron: Eres bella;
Y envanecida descuellaba
A los bordes de la Fuente.

Sin los rayos de la Aurora
¿Qué fuera de su hermosura?
Quién le daba la frescura
Si no la Fuente sonora?

La ingratitud y el desdén
Su fragancia envenenaron,
Y todos la despreciaron
En el bellissimo Edén.

El Alba nace y la olvida,
La Fuente no la hermosea,
Ay de aquel que ingrato sea
Con los que le dan la vida!

.....
.....
.....

Si algo, niña, que te cuadre
Encuentras en esta historia,
No apartes de tu memoria
El recuerdo de tu madre.

Dentro del alma inocente
Ten siempre la historia fija;
No olvides, cual buena hija,
La Flor, la Aurora y la Fuente.

ANTONIO FERNANDEZ GRILLO.



VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XXV.

Las inmensas construcciones que constituyen el palacio de Fontainebleau han sido obra de muchos siglos, debiéndose separadamente á distintos soberanos, desde San Luis, en cuya época empezó á tener importancia, hasta Luis Felipe, que le restauró completamente.

Su conjunto, como obra arquitectónica carece de belleza, porque carece de unidad, y como para describirle, juzgándole en detalle, necesitaria mas espacio del que puedo disponer, voy á limitarme á consignar las partes de su interior mas dignas de fijar la atencion de los artistas y de los viajeros, que son: la galeria de *Enrique II*, decorada por Primaticci; la de los *Platos*, llamada así por la coleccion de platos de Sevres que la adornó en tiempo de Luis Felipe (en una de las habitaciones á que da paso, estuvo alojado Carlos V, y sirvió á Pio VII mas tarde para decir misa durante su cautividad); el *Salon del Trono*, de tiempo de Luis IX, restaurado por Luis XIV, y el de *Francisco I*, en el que hay una magnífica chimenea; la *Sala de San Luis* y la de los *Guardias de la Reina*; los aposentos de *Madame de Maintenon* y los de *Napoleon I*, en los que se conserva el velador en que firmó su abdicacion el día 5 de Abril de 1814; el *teatro* y las *capillas de San Saturnino*, de tiempo de Enrique IV, y la de la *Santa Trinidad*, terminada en el reinado de Francisco I.

Teatro de acontecimientos notables ha sido Fontainebleau; los recuerdos que despiertan suspenden el ánimo mas vivamente que la riqueza que rebosa por todas partes y las obras de arte que encierra. En él recibió Francisco I á su rival y vencedor Carlos V; en él sentenció á muerte y mandó ejecutar Cristina de Suecia á su favorito y amante Monaldeschi; en él se verificó la entrevista de Napoleon y el Papa Pio VII, que iba para consagrarle á París; en él volvió á entrar Napoleon el 19 de Julio de 1812 como prisionero; en él, despues de entrar los aliados en París firmaba estas líneas: —«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el Emperador era el solo obstáculo para el restablecimiento de la paz, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus hijos al trono de Francia y de Italia, pues no hay sacrificio alguno, aun el de la vida, que no esté dispues-

to á hacer por los intereses de la Francia;» en él, en la noche del 12 al 13 de Abril, resonó una voz: *el Emperador se ha envenenado*, y á esta voz penetraron en su estancia el mariscal Bertrand, los duques de Vicencio y de Bassano, y el cirujano Yvan. Napoleon en efecto habia intentado envenenarse, pero el veneno le hizo tambien traicion.

Los jardines del parque de Fontainebleau tienen un aspecto melancólico; el bosque, por el contrario, es uno de los mas frondosos de Francia: mide una superficie de 17,000 hectáreas, y sus puntos mas notables son: las *Gargantas de Apremont*, de Franchart, y de los Lobos, cáos de rocas, que se pierden en el horizonte con cavernas profundas y encinas añosas; la *Roca Llorona*, toda cubierta de nombres é inscripciones, y el *Fuerte del Emperador*, especie de mirador elevado á modo de fortaleza sobre una montaña de arena, abrazándose desde él un magnífico punto de vista.

El palacio actual de Compiègne, único punto de las cercanías de París que nos falta recorrer, se comenzó en el reinado de Luis XV, y se terminó en el de Luis XVI. Su fachada mide 200 metros de largo, y es sencilla al propio tiempo que rica, pero está muy lejos de ser una obra de arte; su interior tampoco responde á su alto destino; por lo que te hago gracia de su descripcion. Compiègne abunda en recuerdos históricos. Entre las ruinas con que á cada paso se tropieza, llaman particularmente la atencion de los viajeros las del *Castillo de Pierrefonds*, que datan, el primero, del siglo XI, y el segundo de 1390. Cuéntase que era una de las maravillas de la edad media: su superficie ocupaba una estension de 3,400 metros, y sus siete torres tenian 35 de elevacion. Convertido en asilo de rebeldes y fascinerosos, Richelieu le mandó dismantelar; pero hubo que renunciar á su demolicion completa por el grueso y la resistencia que oponian los materiales.

Las ruinas del castillo de Pierrefonds pertenecen hoy á la corona.

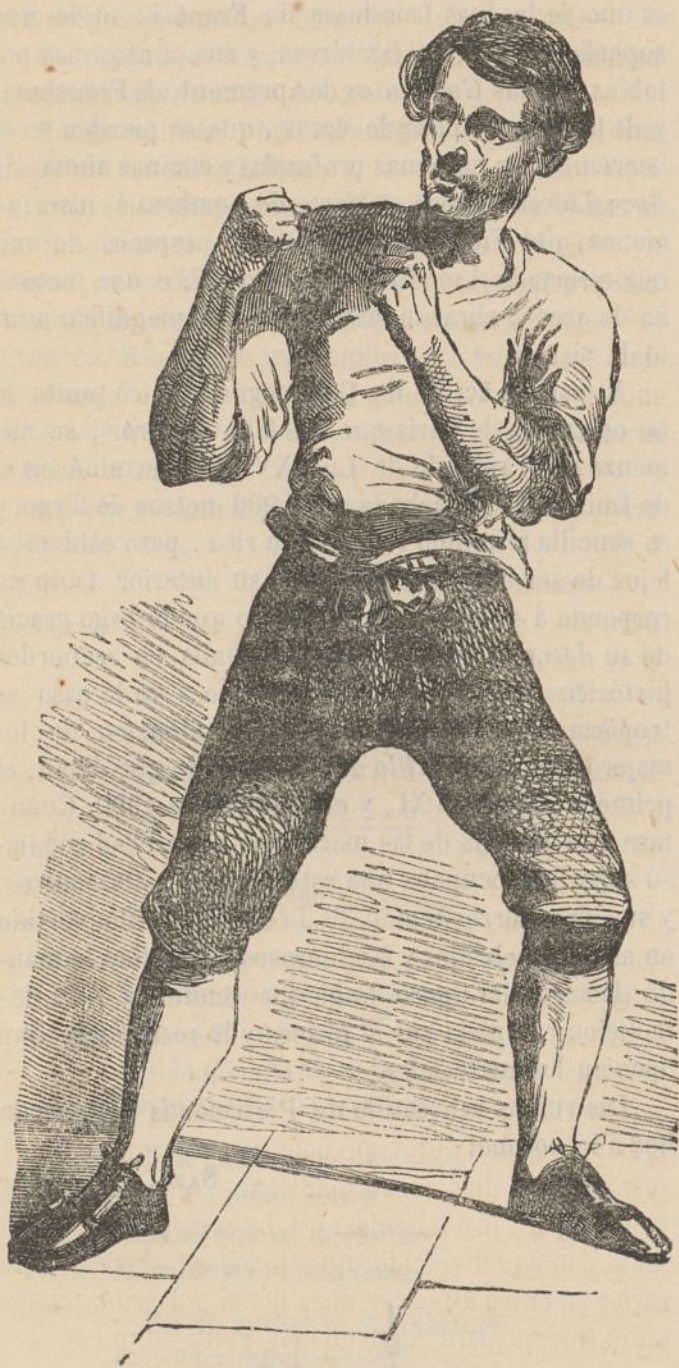
SARA.



VARIEDADES.

Dice un periódico que los pugilistas ingleses están de enhorabuena.

Parece que en breve se verificará una lucha entre los célebres campeones Coburn y Mace: el vence-



El Atleta.

dor ganará 25,000 francos. Coburn es irlandés y ha aceptado las condiciones del combate, según las cuales, este debe verificarse dentro de un radio de 20 á 100 millas de Dublin. Las autoridades han adoptado medidas para impedir el encuentro.

Por mas que respetemos las costumbres populares de cada nacion no puede menos de repugnarnos y parecernos bárbaro este pugilato. Los gladiadores

romanos á lo menos peleaban con la espada, y podían lucir su destreza en la esgrima, pero los *boxeadores* ingleses no combaten con otras armas que con el puño cerrado: esto es retroceder al estado salvaje de los primitivos tiempos, en los que la fuerza brutal seria la suprema ley.

Este espectáculo repugnante con todos sus preparativos y detalles se llevará á efecto á pesar de las medidas tomadas por las autoridades, y su resultado se publicará en los periódicos, como pudiera hacerse con las corridas de caballos ú otros semejantes. Una numerosa concurrencia acudirá á presenciarla como un gran acontecimiento. En cambio, sus impasibles espectadores seguirán haciendo coro á todos los extranjeros que declaman continuamente contra nuestras corridas de toros.

Júzgense con entera imparcialidad ambas *fiestas*, y dígase si no es mas disculpable la destreza que vence á una fiera, que la brutalidad que á fuerza de puño se ceba en matar á un hombre.

LA CRUZ DE CECILIA.

Conclusion.

—Florencio, hijo mio, perdóname por Dios... he sido muy culpable, tú nos honrabas y querias... pero ni Suceta ni yo teniamos derecho á llamarte hijo... la muerte nos arrebató el nuestro... á los pocos dias te vimos, nos pareciste muy hermoso, y te robamos... En mi mochila encontrarás... Un vómito de sangre le impidió continuar; pocos minutos despues, era cadáver: lloré la muerte de aquel hombre, que á pesar de todo, al fin me habia criado... Registré la mochila, miré hoja por hoja la cartera. Nada, ni un solo papel hallé que pudiera darme luz acerca de mi origen... Corrí exhalado en busca de la mujer á quien hasta entonces habia llamado madre, á fin de pedirle explicacion, y supe con el dolor que os podeis imaginar que la infeliz ya no existia; un casco de metralla le habia partido el cráneo, casi en el mismo instante en que su marido habia espirado en mis brazos. Me hallé solo en el mundo, y sin saber el nombre de mis verdaderos padres, el de mi patria y familia.

—Pero no adquiristeis á lo menos algun indicio? preguntó Saint Aubin; no habia en la mochila del sargento nada que pudiera suministraros algun rayo de luz siquiera?

—Ese rayo es tan débil, exclamó Florencio, y sin embargo, en él estriba mi esperanza... Esperanza loca, señor.

—Pero en fin, algo es algo, decid, que fué lo que hallasteis?

—Este zapatito! dijo el soldado, sacando de su mochila uno muy pequeño y primorosamente laboreado por la suela, que aparecía como si nunca se hubiera usado; el zapatito era de tafíete rojo, y adornado con un lazo de cinta del mismo color, prendido con una hebilla dorada; tenía para sujetarle al pié unas correitas que remataban en borla. Miróle Saint Aubin, y su rostro pareció demudarse; examinó al soldado con doble interés, y exclamó:

—La Providencia de Dios es muy grande! Este indicio es muy leve, pero quién sabe?... ¿No teneis algun recuerdo del país donde nacisteis?

—Ninguno, señor, y eso es lo que me desespera; porque habeis de saber que yo tenía cierta esperanza de reconocer á lo menos mi verdadero país: el sargento, en sus accesos de ternura, cuando yo era pequeño, solía llamarme *Saboyanito*; yo no había fijado en esto mi atención, pero despues que supe lo que os he referido, traje á la memoria esa circunstancia, y me pareció muy significativa, tanto, que apenas obtuve mi licencia, me vine á Saboya, y casi he recorrido uno por uno todos sus valles y montañas; he agotado mis recursos, buscando una patria en donde acaso habitan mis padres, ó mis hermanos. En vano ha sido evocar mis recuerdos, nada me dicen. ¡Sabe Dios que tiempo tendría cuando me robaron! Tal vez me arrebatarian de la cuna, en que mi madre, mi verdadera madre, me arrullaba y nutria con el jugo de su seno! Esta idea hizo verter lágrimas al soldado de Waterlloo.

Mr. de Saint Aubin, enternecido, exclamó:—Animo jóven, no hay que perder la confianza en Dios. Lo que para el hombre parece imposible, para el Señor es fácil... Pero advierto que ya es hora de recogerse al pueblo, en él tengo yo mi casa, y me dareis un placer muy grande si consentís en descansar algunos dias en ella; tengo el capricho de llevaros á visitar el sepulcro de Cecilia, y subir con vos á lo alto de la montaña, para que veais de cerca su cruz. Si me negais este placer creeré que no sentís hácia mí la simpatía que me habeis inspirado.

—Acepto, dijo Florencio con efusion, y no sé cómo agradecer vuestros favores.

—Aceptándolos, eso me basta; tengo para mí que la cruz de Cecilia obrará conmigo el milagro de proporcionarme un verdadero amigo, milagro que no se ve todos los dias.

Al decir esto Saint Aubin se puso de pié, Florencio le imitó, y ambos tomaron el camino de Sallenches, departiendo amigablemente.

Antes de llegar al pueblo, y á poca distancia del río, se veía una casita blanca y de humilde apariencia; una mujer, de aspecto venerable y ya entrada en años, hilaba en frente de la puerta...

—Esa es Germana, dijo Mr. de Saint Aubin á su compañero, éste la miró con una compasion mezclada de ternura y respeto.

—Buenas tardes, señora Germana, dijo el médico acercándose á la puerta.

—Felices, Mr. de Saint Aubin, respondió la buena mujer poniéndose de pié; pero al fijar su mirada en Florencio, volvió á caer sobre la silla exclamando: ¡Válgame Dios!

—Qué sucede, Germana? exclamó Saint Aubin, os habeis puesto mala?

—No señor, no es eso, sino que al ver á ese jóven militar, no sé lo que me ha dado: Jesus, Ave María Purísima! qué cosa tan parecida! Si se me figura que le estoy viendo cuando vino del ejército del Rhin.

—Quién, Germana, quién? preguntó Saint Aubin con precipitacion.

—Quién ha de ser? mi Julian, señor, no recordais su figura? Verdad que cuando mi pobre hombre murió estaba desconocido; pero en sus juventudes era un arrogante mozo.

—Hace muchos años que murió vuestro marido? preguntó Florencio, que no había desplegado los labios.

—Válgame María Santísima! volvió á exclamar Germana con creciente agitacion, es la voz de Julian, es el mismo!

—Germana, dijo Mr. de Saint Aubin, cuya voz temblaba estrañamente, acabo de contar á este jóven la desgracia de vuestra Cecilia, y se ha interesado tanto por vos, que desearia le contaseis vos misma de qué manera perdisteis á vuestro hijo mayor.

—Pobrecitos de mi alma, exclamó la triste madre, para mí es un consuelo hablar de mis hijos; se me figura que así los hago revivir un instante. Mi niño, continuó Germana encarándose con Florencio, estaba el dia 8 de Mayo de 1788, que bien presente le tengo! jugando aquí en este mismo sitio; aquel dia estaba el angelito que daba gloria verle; su madrina le había regalado un traje completo, hasta los zapatos: eran los dias de su madrina, y quise que lo estrenara para ir á dárselos; estaba la criatura tan hermosa con aquel vestido, que todos se volvian á mirarle; yo entré á buscar unas flores que había cogido en el huerto para la madrina. Félix se quedó á la puerta esperándome; cuando salí, no ví al niño en la puerta. ¡Válgame Dios! dije, se habrá entrado tras de mí, le busqué por la casa, le llamé á gritos, y no me respondió: salí otra vez á la puerta, miré á todos lados gritando: Félix! Félix! no parecia. Virgen Santísima! dije apretando á correr como una loca, mi niño, mi niño, dónde está mi niño? Pasaban unos cuantos soldados y me preguntaron qué tenía: he perdido á mi hijo, les dije llorando como una Magdalena, buscádmele por Dios! buscádmele, los pobres soldados comenzaron á dar vueltas en busca suya, pero

nada... Yo estaba loca, no sabía lo que me pasaba... ¡Qué imprudencia! gritó á mi lado un militar que tenía mas edad que los otros. ¿A quién se le ocurre dejar á un niño solo junto al río? Al oír aquellas palabras, me dió un vuelco el corazón, las piernas no me podían sostener, y sin embargo, corrí yo no sé cómo hasta el río. Ay de mí! demasiada razón tenía el militar! La corriente se había llevado al hijo de mis entrañas.

—Y cómo lo supisteis? preguntó Florencio.

—Ay, señor soldado! no me cupo duda ninguna, en la orilla encontré uno de los zapatitos que llevaba puestos.

Florencio al oír aquello saltó sobre la silla en que se había sentado, pero tan grande fué su conmoción que no pudo articular una palabra. Saint Aubin le apretó el brazo diciéndole al oído.—Silencio, por Dios! un desengaño la mataría; en cuanto á vos, esperad, pero no confieis.

—Germana, continuó Saint Aubin levantando la voz, conservais esa prenda?

—No la he de conservar, señor? El zapatito de mi Félix y la cestita de mi pobre Cecilia los tengo tan guardados como si fueran reliquias de dos santos!

—Tendría gusto en verlas, dijo el médico, aunque tengo idea de que otro día me las enseñasteis, pero ya no me acuerdo muy bien de cómo era el zapato.

Germana entró á buscarle, y el médico entretanto exhortó á Florencio diciendo: valor! amigo, vais á pasar por una prueba terrible, si nuestra esperanza sale fallida: dadme vuestro zapato, y dejad que sea yo quien los coteje. Encomendáos entretanto á la cruz de Cecilia. El Señor haga que obre un milagro en favor vuestro.

Germana volvió á salir trayendo entre sus manos la cesta de Cecilia; dentro venía el zapato de Félix.

Mr. de Saint Aubin cogióle temblando, apartóse á un lado, y sacó el que Florencio le había entregado poco antes.

—Qué hace? preguntó Germana estrañando la emoción que había manifestado el bueno de Saint Aubin.

—No lo sé, respondió Florencio con voz ahogada y apenas inteligible.

—Gran Dios! cuán grande y misericordiosa es vuestra providencia! exclamó Saint Aubin levantando las manos al cielo.

Aun no había concluido su exclamación, y ya Florencio se había precipitado en los brazos de Germana, gritando con voz sofocada por la emoción.—Madre, madre mia!

—Yo su madre? repetía la viuda sin saber lo que la pasaba, ni atreverse á rechazar las caricias de aquel hombre que la saludaba con el título mas dulce y sagrado que hay en la naturaleza; la pobre mujer

no había escuchado ese nombre hacia quince años, su corazón latía violentamente al oírlo en boca de un desconocido, y aquellas palpitaciones la decían que Florencio era una parte de su sér.

—Señora Germana, dijo Saint Aubin acercándose á la madre y al hijo, que seguían abrazados. El Señor ha querido recompensar vuestra piadosa resignación, y os devuelve al hijo que los hombres os arrebataron. Entonces contó la historia que le había referido el militar; la enseñó los dos zapatos, eran idénticos.

Renunciamos á describir el gozo de aquella madre, hay cosas que pueden imaginarse acaso, pero es imposible describirlas con palabras.

Para mas cerciorarse acudió Saint Aubin al Ayuntamiento, registró sus libros, en ellos constaba que el día 8 de Mayo de 1788 se habían dado raciones á un destacamento de tropas francesas, y entre otras un barril de aguardiente á la vivandera Suceta, mujer del sargento segundo que mandaba la compañía destacada. En vista de tales datos, ya no cupo duda, y Florencio fué reconocido por el hijo legítimo de Julian y Germana; la estraña semejanza con el primero, bastó para convencer á los que le habían conocido.

Al día siguiente del encuentro era sábado. El agradecido labrador, que ayudaba siempre á la viuda en el cultivo de sus tierras, vino desde su cortijo á decirle que contase con él al día siguiente.

—No, amigo, no, contestó Germana loca de contento; se os acabó la tarea, ya tengo quien me ayude toda la semana: he recobrado al hijo de mi corazón. Miradle, Pedro, miradle; que arrogante mozo, verdad? Igual que su padre! igualito... Dios me le conserve!!.. Venid, no mañana, sino ahora mismo. Subid con nosotros á la montaña. Vamos á dar gracias á Dios, junto á la bendita cruz de Cecilia.

Casi todo el vecindario los acompañó; Saint Aubin iba el primero; Florencio se abrazó con el madero santo y regó con sus lágrimas el sitio en que había muerto su hermana. Cuando los expedicionarios bajaron de la cumbre, la cruz de Cecilia se había convertido en un inmenso ramo; cada vecino había depositado en ella un puñado de flores. (*Arreglo.*)

MICAELA DE SILVA.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.